

WANDA - LIBRO 6



WANDA
Y EL
CONJUERO
DE AMOR



Alejandro Khan

Wanda y el conjuro de amor.

© Texto: Alejandro Khan 2026

© Sonolibro Editorial 2026 por la presente edición

© Sonolibro Editorial por el audiolibro

Reservados todos los derechos.

Sonolibro en el deseo de mejorar sus publicaciones agradecerá cualquier sugerencia de los lectores u oyentes de esta obra, al departamento editorial. Correo: aki@sonolibro.com

Sonolibro Editorial – Calle Churruca Ed Astigi I–Local1

Fuengirola, Málaga – ESPAÑA

ÍNDICE

1. Risas en las taquillas	1
2. Custodia compartida	7
3. La luna nueva	14
4. Perdón	18
5. El cambio	24
6. El baile de fin de curso	32
Descarga el audiolibro gratis	40



1

RISAS EN LAS TAQUILLAS

Los pasillos del instituto de El Valle siempre huelen los lunes a una mezcla de tiza húmeda, desinfectante barato y a todo un festival de hormonas que cargan al ambiente de energía juvenil, nerviosismo y somnolencia a la vez.

Bajo esa fila interminable de luces fluorescentes que a primera hora siempre parpadean como luciérnagas enfermas, Ramón Salvatierra, Monchi, como lo llaman quienes se ríen de él, iba andando con el deseo de hacerse invisible hasta que pudiera llegar a su clase.

Su mochila era grande para su espalda, porque siempre tenía que llevarse todos los libros a casa para evitar que se los pintarrajearan, y eso le hacía andar ligeramente encorvado, postura que por otro lado le gustaba porque así podía ir concentrado en el suelo y no tenía que mirar a nadie a los ojos.

Los picos de las espirales de sus cuadernos arañaban el forro de la mochila y producían un ruido rítmico y seco —clac-clac-clac— que parecía acom-

pasarse con los latidos de su corazón, preocupado por lo que el destino le tendría preparado para aquel día.

Tras los cristales ligeramente empañados y la montura negra que sujetaba las patillas, se adivinaban más que veían unos ojos color miel que apenas se atrevían a explorar más allá de sus propias zapatillas de deporte. Mientras caminaba, el flequillo, demasiado largo ya, le bailaba sobre la frente rozándole casi las gafas y molestándole con cada paso. Pero se sentía más seguro detrás de aquella cortina.

Aquella mañana, como todas, había desayunado deprisa: un vaso de leche tibia y media napolitana, intentando convencer a su madre, aunque sabía que no le haría ni caso, de que podría aprovechar más el tiempo quedándose en casa.

—Ramón, debes tener paciencia. Ya verás como enseguida empiezas hacer amigos en el instituto nuevo.

El padre de Ramón era técnico de maquinaria agrícola y le habían destinado a El Valle a una cooperativa de aceite para llevar el control de la maquinaria de presión hidráulica de las aceitunas para obtener el aceite de oliva virgen. Así que toda la familia se había venido a vivir al Valle.



Desde el otro lado de pasillo el aire parecía vibrar con las carcajadas cristalinas y cantarinas de la banda de Rosaura.

Rosaura Gallardo, es la chica más guay del instituto, o al menos eso creen ella y su corte. Apareció acompañada de su séquito con su chaqueta motera verde botella entreabierta, dejando asomar una camiseta negra con el logo de alguna banda indie que nadie conoce, pero que enseguida todos buscarán en Spotify. Un perfume intenso, floral y demasiado adulto para sus quince años, va dejando su estela, marcando su territorio.

Ramón, acaba de sacar todos sus libros y dejado la mochila con su comida, un libro y la botella de agua dentro de la taquilla. Cuando ve llegar a Rosaura con su séquito, intenta alejarse de allí en dirección a su clase lo antes posible.

Pero Rosaura acelera el paso y cuando está justo detrás de Monchi, mete la punta de su bota delante del empeine del pie derecho del joven y empuja hacia la izquierda. Imposible no caerse.

Ramón lo hace, y sus libros y cuadernos se desparraman volando en todas direcciones como palomas asustadas, para el jolgorio tanto de Rosaura como de sus amigas que chocan las manos con ella en señal de aprobación y algunas de admiración.

Wanda, Emma y Luke que observan la escena unos metros atrás, no se unen a las risas. Emma siente cómo el estómago se le encoge; es un pellizco eléctrico que le recorre el cuerpo.

—Es que esta imbécil no se va a cansar de molestar a Ramón—. pregunta, a nadie en particular.

Emma se sube las gafas redondas con el índice, un gesto automático para enmascarar la rabia que siente.

A su lado, Luke Morales apoya el hombro contra la pared, brazos cruzados, con esa media sonrisa críptica que no permite saber en qué estaba pensando.

Wanda Leiva —que siempre va con Emma y Luke— aprieta los puños dentro de los bolsillos del peto vaquero. El colgante con el símbolo mágico, heredado de su tatarabuela, parece pulsar con un calor casi físico, un zumbido que solo ella puede sentir. Cada risa que Rosaura provoca, cada mirada de burla de su grupo, hiere la sensibilidad mágica de Wanda.

—Venga chicos, vamos a ayudarlo.

Al verlos acercarse, Rosaura sonríe. Pero su sonrisa no es de placer o triunfo; es como la mueca de quien prueba un caramelo que se creía iba a ser dulce y resulta ser amargo. Que Wanda, Emma y Luke hayan entrado en su escenario y le arrebatan protagonismo no le gusta nada.



No todos reían, aunque la corriente dominante empujaba a hacerlo.

Carlos N  nez, corpulento y con voz grave, suelta una medio carcajada sin muchas ganas. Parece decirse a sí mismo que «solo es una broma». Sin embargo, en su interior, Carlos recuerda la vez que él mismo había sido objeto de burlas en primaria, porque estaba gordito.

Traga saliva y se obliga a silbar, fingiendo que aquello es gracioso.

Sofía Valero, pequeña y piel de color canela por su madre cubana, se muerde el labio inferior. Ella ha compartido pupitre con Ramón el año pasado y sabe que, tras esa timidez, se esconde una mente brillante y una imaginación sin límites. Historias de robots y piratas galácticos ocupaban siempre los márgenes de la libreta de Ramón. Le hubiera gustado intervenir, pero el recuerdo de la mirada de Rosaura la paraliza. Se limita a bajar la vista.

Ramón está arrodillado, sintiendo el suelo frío en las rodillas. Cuando levanta la cabeza, se topa con los bonitos ojos color avellana de Wanda.

—Déjanos ayudarte —le dice ella.

La voz reconfortante de Wanda, consigue un momento de calma en la tormenta. Ramón inspira profundamente y, por primera vez en toda la mañana, el aire le huele bien, al aroma suave que desprende el cabello rizado de Wanda.

Detrás, Rosaura da media vuelta, sacudiendo la melena. Sus tacones de suela gruesa golpean el suelo sin hacer ruido cómo le gustaría.

Pero antes de irse, Wanda se da cuenta del ligero temblor en los labios de Rosaura. Mía es la psicóloga del grupo. Es la que mejor detecta las grietas invisibles en las personas, pero Wanda también se da cuenta, de que la actitud de Rosaura oculta un dolor escondido.

Emma corre para recoger las últimas hojas del suelo y, al entregárselas a Ramón, siente un zarpazo de indignación.

—Esto no puede seguir así —murmura—, tenemos que hacer algo.

Luke, detrás de ella, asiente con un movimiento casi imperceptible. Su mente, siempre en busca de soluciones prácticas, ya ha empezado a trazar

planes, pero aquella mañana no era su turno: sería Wanda, la que buscaría una solución.



2

CUSTODIA COMPARTIDA

Mientras el timbre estallaba con su irritante sonido metálico, los ríos de alumnos se precipitaron hacia las aulas.

Rosaura se hundió en su pupitre de la última fila, dejando caer la mochila verde con gesto triunfal. Le encantaba aquel sitio porque acercándose un poco a la ventana podía ver la calle desde allí, cuando se aburría con las explicaciones de los profesores, que cada vez le pasaba más.

A través de los cristales que estaban todavía ligeramente empañados pudo ver la silueta de un taxi que se marchaba calle abajo.

Aquello le recordó el día en que su padre se había ido de casa cuando sus padres se separaron. Como los dos trabajaban bastante, decidieron que la custodia compartida era lo mejor. Su madre se quedó viviendo en el piso donde habían vivido todos juntos. Su padre consiguió que la empresa donde trabajaba le dejara una casita en alquiler bastante barata y muy cerca de la fábrica donde trabajaba como técnico de maquinaria. No era un sitio muy bonito, pero la casita sí lo era.

Rosaura no entendía muy bien lo de la custodia compartida, pero Mati, cuyos padres se habían separado el año pasado, se lo explicó. La custodia compartida cada vez era más normal entre las parejas que se separaban porque de esa manera, los hijos vivían una semana con el padre y una semana con la madre, y ninguno tenía que pagar dinero todos los meses a la otra parte. Y así Rosaura, a partir del momento que el juez lo dijo, empezó a vivir en dos casas.

Una semana con su madre y la semana siguiente con su padre.

Comprobó que nadie la estaba mirando, porque que en aquel momento no podía evitar sentir ganas de llorar y no quería que nadie la viera así. Se quitó con el dorso de la mano un par de lágrimas que estaban asomando.

Cambiaba de casa los domingos, pero ayer se le había olvidado meter en la mochila algunos libros en la casa de su madre así que antes de venir al instituto su padre la había llevado a buscarlos. Pero lo que no se esperaba es que su madre saliera gritándole a su padre y se enzarzaran en una discusión. Ella se metió en el coche y se puso los cascos con cancelación de ruido y la música a todo volumen.

Pero, sobre todo, quería evitar como fuera que en el instituto se dieran cuenta de cómo se sentía. Allí era una líder y tenía que ser fuerte.



Al final de la clase, Wanda se escabulló antes que los demás, sus tenis chirriando al ir casi corriendo por el suelo recién encerado. Fue al huerto del conserje, donde no había nunca nadie. Necesitaba estar sola para poder pensar. Su colgante vibró con un destello de luz rosa, que se mantuvo firme, igual que la determinación que se instaló en su pecho.

Tenía claro que esa misma tarde, subiría a la azotea y buscaría una solución.



Aquel lunes por la tarde el tiempo estaba tan revuelto como las ideas en la cabeza de Wanda. Había quedado con los chicos y subía los escalones de madera que llevaban a la buhardilla de su casa con una idea que se estaba gestando en su cabeza. Cada tablón de la escalera parecía crujir diciéndole que la idea era buena.

Detrás de ella venían subiendo Emma y Luke. Emma como siempre con un termo de té de jasmín y Luke con una linterna encendida que no tenía mucho sentido porque en la azotea había luz. También traía su cuaderno que le gustaba más que la tableta para anotar todo. Parecía un viejete.

Cuando llegaron arriba Wanda fue directamente a la alfombra redonda que había junto al ventanuco que daba a la calle y se sentó de espaldas a la luz. Emma y Luke se sentaron también en la alfombra, enfrente de ella.

—Chicos, se me ha ocurrido una idea para solucionar el problema de Ramón.

Los dos se quedaron expectantes esperando que Wanda siguiera

—Os acordáis del argumento de la obra de teatro de Shakespeare “El sueño de una noche de verano”

Los dos se miraron entre sí como pensando si a Wanda le estaba afectando tanto leer y se le iba la olla. Pero Emma, la empollona, contestó:

—Claro, la verdad es que me pareció una obra super divertida. En mi grupo de teatro la representamos hace un par de años y fue un éxito. Casi todos los de la clase se rieron, a pesar de que pensaban que reírse era imposible con una obra de Shakespeare.

—Vale— continuó Wanda— pero me imagino que te acordarás de que el argumento consistía en que Oberón el rey de las hadas ordena a Puck su duende travieso que prepare una pócima mágica que provoca que los personajes se enamoren de la primera persona que vean al despertar.

—¿Qué es lo que quieres hacer, dar una poción mágica a Rosaura? — Preguntó Luke— pues lo tienes complicado. Es super desconfiada.

—No —contestó Wanda—, lo que quiero es manipular sus sentimientos con un conjuro, de forma que cuando se dé un hecho natural determinado, que seleccionaremos, entre en juego el conjuro y a partir de ese momento Rosaura vea con otros ojos a Ramón.

—No sé chica, me parece un poco fuerte. Manipular los sentimientos de alguien, incluso de Rosaura, creo que es un poco cómo violar algo muy personal.

—Estoy de acuerdo contigo Emma, en que la que vamos a cruzar es una línea delicada —contestó Luke, dando por hecho que iban a hacerlo—

pero lo que ha pasado hoy con Ramón, da a entender que esto va a ir cada vez a más. Y tenemos la obligación de proteger al débil.

Emma reflexionó durante unos segundos para acabar diciendo:

—Ok, yo te ayudo a buscar el conjuro adecuado, pero si en algún momento veo que esto se descontrola, me tienes que prometer, que paramos

—Prometido —dijo Wanda agarrando el cuarzo rosado de su colgante.



La biblioteca de Flora la tatarabuela de Wanda, ocupaba un rincón completo de la buhardilla.

Había que andar con cuidado porque al estar en la zona de la inclinación del tejado, era fácil darse un golpe en la cabeza.

Cada uno empezó a mirar en una de las columnas de estantes, buscando el libro de conjuros que mejor les viniera para el trabajo que tenían por delante.

Fue Emma la que lo encontró.

—Mirad, este de aquí, dijo mostrando un viejo volumen encuadernado con cuero de color oscuro y tachonado con remaches de latón. Se titula “Sentimientos escondidos”

Tenía una pequeña cerradura, que Emma intentaba abrir sin éxito.

—Déjame mi —dijo Luke.

—Espera Luke, —dijo Wanda adelantándosele porque sabía lo bruto que podía ser.

Wanda tomó el libro en sus manos y movió ligeramente el lomo y al hacerlo no tuvo más que presionar suavemente el seguro de la pequeña cerradura y se abrió. Sonriendo, dijo:

—Más vale maña que fuerza, Emma.

Wanda colocó el libro encima de la única mesita que había en la buhardilla y empezó a pasar las páginas, mientras los tres observaban.

Ya habían hojeado casi la mitad del libro cuando Emma dijo:

—¡Para!

Una ilustración de dos siluetas cuyos corazones se veían unidos por un hilo de luz, les observaba desde el libro. Wanda leyó en voz alta el conjuro:

«Corazón con corazón, empezarán a latir al son del mismo tambor mientras se tejen los hilos de luz y cariño para encender un nuevo amor.

El sentimiento se mantendrá por seis lunas y ni un día más durará.

Si al séptimo mes el amor sigue encendido, en real se convertirá.»

—Bueno —dijo Luke—, algo bueno que tiene el conjuro es que tiene fecha de caducidad.

—El problema es que necesitamos un catalizador de reciprocidad —dijo Wanda.

—¿Eso que es? —preguntó Luke.

—Necesitamos un objeto de Rosaura y de Ramón que represente algo importante para él y para ella.

Emma chasqueó los dedos.

—El cuaderno de historietas que dibuja Ramón. El siempre lleva un cuaderno con bocetos de todo lo que dibuja, robots, extraterrestres... Estoy segura de que si le pido que me lo deje para verlos, lo hace.

—Bien — dijo Wanda— ahora nos falta Rosaura

—Eso va a ser más complicado — concluyó Luke.

—Tengo una idea —dijo Wanda.



3

LA LUNA NUEVA

A la mañana siguiente, en clase de educación física, las chicas estaban todas en el gimnasio aprendiendo las reglas y las técnicas de voleibol. Wanda pidió permiso para ir al servicio que estaba junto a los vestuarios.

Emma iba estar pendiente de que nadie fuera para allá.

Wanda enseguida encontró la taquilla de Rosaura y presionando su mano izquierda en la cerradura y la derecha en su colgante en el pecho, un par de segundos después se abrió. Enseguida encontró lo que buscaba: la cartera de Rosaura. La abrió y vio en primer departamento una foto en la que Rosaura aparecía con sus padres en la que se les veía felices. Sería perfecta.

Le hizo un par de fotos con el móvil, colocó todo en su sitio y volvió gimnasio.



Los tres se reunían en una de las mesas más alejadas a la hora de la comida.

Mientras Wanda y Emma estaban desenvolviendo sus bocadillos, Luke estaba trasteando con el móvil y dijo enseñándoles su aplicación de astronomía:

—Dijiste que el conjuro tenía que hacerse en la primera luz de la luna nueva. Eso es mañana a las 23:17 de la noche.

—Pasado mañana es fiesta. Podemos pedir permiso en casa y nos quedamos a dormir en la tuya, ¿vale Wanda?

—Perfecto.

Al día siguiente, cuando ya estaban a punto de recoger en la clase sus libros para irse cada uno a casa, Emma se acercó a Ramón, que al contrario de cuando se le acercaba cualquier otro compañero de la clase que solía bajar la cabeza, la recibió con una media sonrisa.

—Oye Ramón el otro día vi por casualidad uno de tus dibujos.

Ramón se puso un poco colorado y contestó un tímido:

—Sí, me gusta mucho imaginar personajes y lugares y dibujarlos.

—Tú me dejarías tu libro para que viera todos los dibujos y quedamos mañana y te lo devuelvo.

Ramón se quedó descolocado porque nunca se habría esperado que alguien le fuera a pedir algo. Contestó de inmediato:

—Claro, claro aquí tienes. Y si quieres me lo traes pasado mañana después de la fiesta.



Ya habían cenado cuando subieron los sacos de dormir a la buhardilla.

Wanda había estado por la tarde preparando el círculo. Primero había barrido bien la tarima de la buhardilla con una escoba de fibras naturales. Después había rociado gotas de lavanda con un pulverizador.

Había cogido un kilo de sal marina gruesa de la despensa de su abuela y con ella trazado un círculo de casi un metro de diámetro. Después con una tiza roja había dibujado en el centro un corazón.

Cuando llegó Emma traía unas velas de té blancas que encendió y puso encima y debajo del corazón dibujado.

Luke colocó a uno de los lados del corazón el cuaderno de dibujos de Ramón.

Al otro lado colocó la foto que había imprimido de Rosaura y sus padres cuando Wanda se la envió por WhatsApp.

Después pinchó un alfiler de mapa en el cuaderno y otro en la foto, para sujetarlos la tarima de madera. Luego los unió con un hilo de lana roja que hizo pasar justo por el medio del corazón dibujado.

Cuando todo estuvo a gusto de Wanda, se colocó en el centro del círculo y pronunció en voz grave y despacio:

«Corazón con corazón, empezarán a latir al son del mismo tambor, mientras se tejen los hilos de luz y cariño para encender un nuevo amor.

El sentimiento se mantendrá por seis lunas y ni un día más durará.

Si al séptimo mes el amor sigue encendido, en real se convertirá.»

Cuando terminó la última palabra, Emma por un lado y Luke por el otro soplaron las velas apagándolas hacia dentro.



4

PERDÓN

A la mañana siguiente Ramón llegó al aula de lengua con sus andares casinos como siempre. Pegado a la pared y convencido de que si ocupaba el sitio del fondo antes de que sonara el timbre para empezar la clase, pasaría inadvertido para todo el mundo. Pero no contaba con que iba a estar allí la que siempre le hacía la vida imposible, Rosaura.

No había terminado de descolgar la mochila para colocarla en el respaldo de la silla y sacar los libros cuando escuchó una voz por detrás:

—Ramón, ¿te importa si me siento a tu lado?

La pregunta, aunque no dicha en voz demasiado alta la escuchó casi toda la clase, que estaba como siempre en un murmullo constante antes de que sonara el timbre.

Sofía, la amiga íntima de Rosaura abrió los ojos como platos.

Carlos el hermano de Sofía, al que le gustaba Rosaura dejó a medias un chiste que estaba contando a compañero de pupitre sobre el profesor.

Adriana, la hermana gemela de Rosaura, como ella se llamaba a sí misma, casi se atraganta con el caramelo que estaba chupando.

A Ramón apenas le salía la voz para asentir y lo hizo con la cabeza. Por su mente pasaron toda clase de escenarios y no tenía ni idea de que nueva maldad le tenía preparada Rosaura.

De momento arrastró su silla junto a la de Ramón y se sentó. Llevaba su chaqueta verde abierta y un mechón de pelo se le había escapado de la coleta, raro en ella que era super cuidadosa con los detalles. Ramón por un momento se fijó en las manos de Rosaura y creyó ver un ligero temblor, o a lo mejor se lo había imaginado.

Wanda que estaba sentada tres filas más adelante sintió como el cuarzo de su colgante empezó a iluminarse de forma intermitente con una secuencia parecida a la del pálpito de un corazón. Emma que estaba sentada a su izquierda solo dijo:

—¡Guau!

Luke que estaba a la derecha levantó una ceja divertido pensando en que el conjuro ya había empezado a surtir efecto. Tenía mucha curiosidad por saber lo que iba pasar a partir de ahora.



En el momento que la profesora ordenó abrir los cuadernos, Carlos le pasó un papelito Adriana:

«¿Qué le pasa a Ro? ¿está preparando una nueva broma para Ramón?»

Ella respondió encogiéndose de hombros. Con Rosaura toda era posible. Se pasaron el resto de la clase entre tiempos verbales y miradas hacia atrás para ver la distancia que había entre Ramón y Rosaura, apenas un palmo.

Cuando la profesora terminó su explicación sobre el subjuntivo, Rosaura acercó su cuaderno de rayas hacia Ramón. En la esquina superior derecha había escrito en letra pequeñita “lo siento”. Ramón parpadeó y abrió la boca sin comprender que estaba pasando y preguntó a Rosaura con la mirada.

—Me he portado fatal contigo. No hay excusa para mi comportamiento. Ni siquiera me daba cuenta de lo tonta que estaba siendo.

Como tenían que hablar en voz baja Rosaura se tenía que acercar al rostro de Ramón que pudo percibir su perfume con olor a gardenias, el mismo que cuando lo olió ayer sabía que le venían problemas. Ahora además también podía oler a chicle de fresa.



A mediodía en el comedor, aunque Rosaura bajó con sus amigas, las dejó para colocarse detrás de Ramón en la fila de servicio de la comida. Cuando le sirvieron los macarrones con tomate, le preguntó:

— ¿Te importa si... me siento contigo?

Cuando la oyó Sofía no pudo evitarlo. Se quedó tan perpleja que dejó caer su bandeja haciendo un ruido que reverberó en el comedor. Menos mal que todavía estaba vacía.

Sentados Ramón y Rosaura frente a frente en una de las mesas, ella le dijo:

—Ramón, quiero disculparme de nuevo contigo. Fui muy injusta al tratarte de esa manera. Me reía de ti, porque eras una víctima fácil y eso me hacía sentir importante delante de mis amigas, que siempre me aplaudían las gracias. Me he dado cuenta de que era cruel y mala persona. Y otra cosa de la que me dado cuenta es, que si mis amigas necesitan que haga cosas así para respetarme, casi estoy mejor sin ellas. Y por supuesto tengo claro que nunca más te llamaré Monchi, a no ser que te guste y me lo pidas terminó Rosaura con una sonrisa—. Ah, y si quieres tú de ahora en adelante a mí me puedes llamar Ro.

Ramón no acertaba comprender lo que estaba pasando. No sabía si era parte de un plan maquiavélico para gastarle alguna broma pesada, aunque no entendía como lo iba a hacer, por lo que se limitó a decir:

—Gra...Gracias.

Emma, que estaba tres mesas más allá, agarró con la mano derecha la cruz de plata, que siempre llevaba puesta porque se la regaló su abuela y estaba convencida de que le traía buena suerte. Volvió la cabeza y sonrió a Luke.

Comieron en silencio durante unos minutos y cuando Ramon iba por más de la mitad de su plato de macarrones, empezó a removerlos y vio cómo se formaba un remolino de tomate rojizo y perfecto en el centro. Sonrió y no pudo evitar hacer el comentario

—Qué curioso. ¿Sabías que la galaxia de Andrómeda es una espiral así de perfecta —dijo señalando al remolino de tomate en el centro de su plato— pero 200.000 veces más grande que nuestra galaxia?

Rosaura dejó su vaso de agua a medio camino hacia la boca. No tenía ni idea de cómo era la galaxia de Andrómeda.

—La galaxia esa, suena bastante lejos, pero me encantan las espirales. Sigue contándome cosas.



Después de comer, a primera hora de la tarde les tocaba plástica en el laboratorio de manualidades. Adriana arrinconó a Rosaura cuando llegó y se la llevó a una esquina agarrada del brazo.

—¿Se puede saber a qué estás jugando Ro? De verdad, ¿con el rarito friki?

Rosaura inspiró hondo. Reflexionó durante unos segundos y se dijo que Ramón le gustaba y que no tenía porqué dar más explicaciones.

—Adri, no es ningún juego. Me he dado cuenta de que Ramón mola. Es un tío inteligente y me gusta. Y al que no le parezca bien, que no mire.

Adriana se quedó de piedra. Carlos que estaba al lado igual. Nunca habían oído a Ro hablarles así.

Wanda miraba desde la puerta del aula que estaba entreabierta, sonriendo.

En la clase había que diseñar un póster y la profesora ordenó:

—¡Elegid compañero! — Y empezó el trasiego de sillas arrastrándose por el aula. Rosaura no tardó ni dos segundos en unir su mesa a la de Ramón y poner la cartulina entre las dos. Mientras él se la quedó mirando ella sonriendo le susurró:

—Sé que te gusta mucho dibujar y confío en tu imaginación.

Ramón, se quedó mirándola durante unos segundos más de la cuenta, pero enseguida reaccionó y sacó sus lápices de colores que tenía perfectamente afilados y se puso dibujar. Unos minutos después un robot sosteniendo un corazón con engranajes los miraba desde el papel. Rosaura dibujó un fondo de constelaciones, estrellas y planetas.

Mientras, toda la clase les observaba.



5

EL CAMBIO

Cuando aquella noche Rosaura llegó a la casa de su madre, ya que era la semana que le tocaba con ella, se tumbó en la cama y sacó su diario, cuya cubierta tenía llena de pegatinas. Puso la fecha del día y escribió:

«Hola, diario. Hoy me he sentado con Ramón, ya sabes Monchi y resulta que es muy distinto a como yo creía que era. Es un chico inteligente y guapo. Lo que pasa es que no se sabe sacar partido. En la forma en la que me mira estoy segura de que le gusto y a mí también me pasa. Le he pedido perdón por todas las bromas de mal gusto que le hemos hecho. Sé que es una cursilada, pero no puedo por menos de decirlo: he sentido mariposas en el estómago. Ja,ja,ja... Estoy deseando de que llegue mañana para volver a verle».

Cerró el diario y se lo colocó en el pecho agarrándolo con los brazos, con los ojos cerrados. Cuando los abrió vio la foto encima de su mesa de estudio

en las que estaban sus padres juntos. Se dio cuenta de que por primera vez en muchos meses no la miraba con rabia, sino con esperanza.



A la mañana siguiente Ramón llegó a la parada de autobús, distinto. Se había peinado con el pelo hacia atrás y a un lado. Ya no llevaba el cuerpo encorvado como iba de forma habitual. Ahora los auriculares de colgaban del cuello.

Cuando subió al autobús, Rosaura se levantó de su asiento, llamándole: —Ramón, ven que te tengo guardado un sitio.

La gente alrededor levantó las cejas se miró entre sí, sin terminar de creerse lo que estaban viendo.

Wanda miró a Emma y a Luke y le guiñó un ojo.



El despertador de Ramón sonó a las 6:00 de la mañana, con un zumbido que antes le habría parecido una tortura. Ahora le encantaba porque le

anunciaba el cambio en su vida que iba a hacer. Casi a oscuras se puso el chándal y las zapatillas ya algo gastadas. Mientras todos en la casa dormían salió al aire helado de la calle. El cielo estaba todavía oscuro.

Corrió para ir calentando hasta el gimnasio del ayuntamiento que estaba a menos de un kilómetro de su casa. Tres mañanas a la semana levantaba pesas, dándolo todo. En solo cuatro meses que llevaba entrenando ya estaba notando cambios considerables en su cuerpo. Se había acostumbrado al olor a caucho, sudor y magnesio por las mañanas.

Los otros tres días de la semana, incluido el sábado, entrenaba el gimnasio de Tom Ko, un tailandés que había competido en la liga de Muay Thai de su país que es la más salvaje del mundo. Siempre le decía:

«Ramón, tú no busques pelea. Golpea solo para defenderte o proteger. Y recuerda, en Muay Thai, tus codos y tus tibias, son armas y escudo».

A las siete y cuarto se duchaba y cambiaba de ropa en el gimnasio. Volvía a paso ligero a su casa desayunando un par de barritas de proteínas. Dejaba la ropa sucia y se colgaba la mochila del instituto, Luego corría hasta la parada del autobús.



En los pasillos del instituto se respiraba cierta tensión, sobre todo en el círculo de los que habían sido los seguidores de Rosaura, que se sentían abandonados.

Como Adriana, que era la que más herida se sentía, decía:

—Tiene narices que Ro nos haya dejado por un friki.

En la clase había dos repetidores grandotes, que eran jugadores del equipo titular de rugby del colegio. Uno de ellos era primo de Adriana. A este le pidió:

—Guille, me tienes que hacer un favor.

—¿Que quieres?

—Que le deis un susto al friki.

Guille que ya había cumplido los diez y seis años, medía casi uno noventa y pesaba cerca de cien kilos. Se río al oír Adriana.

—Pero si ese friki no tiene media torta.

—Me conformo con que le des esa media torta, pero solo cuando esté delante Ro.

—Vale, pero tú me tienes que hacer los trabajos de historia.



Rosaura y Ramón se habían ido a una esquina del patio en la pausa de media mañana para beber un zumo y repasar algo de historia.

De repente les bloqueó el sol el cuerpo de Guille y su amigo Suso. El primero se acercó diciendo:

—Eh Monchi, a ver si esos bailecitos tailandeses que haces sirven para algo cuando te enfrentas con un deportista de verdad.

Ramón se levantó y se puso delante mirando hacia arriba. Guille le dio un empujón.

Rosaura se levantó y se puso en medio y gritó:

—¡Dejadnos en paz, descerebrados y largaros de aquí!

Adriana que venía detrás de los dos tarugos, se rio diciendo:

—Anda Monchi, ¿te tiene que salvar una chica? ¿tan gallina eres?

Guille le dio otro empujón a Ramón que le advirtió muy serio.

—No quiero pelear.

Suso, que había estado quieto desde que llegó, por participar quiso darle un empujón también a Ramón, pero Rosaura estaba delante, por lo que tuvo que darle un empujón a ella para quitarla del medio.

Inmediatamente Ramón basculó la cadera, levantó la rodilla poniéndola paralela al suelo y lanzó la tibia golpeando la cara exterior del muslo de Suso, como tantas veces había practicado el gimnasio golpeando a Ko. Fue un golpe doloroso y muy efectivo. Suso soltó un alarido, dobló la pierna y cayó de rodillas.

Ramón dio un salto atrás y se puso de nuevo en guardia.

A Guille se le había cambiado la cara. Estaba convencido de que el friki al ver que le sacaba una cabeza de media y cuarenta kilos se asustaría. Lo que estaba claro era que él no se iba arriesgar a que le lesionan con una patada china de esas como la que le había dado a Suso. Tuvo que ayudar a su amigo

para que se levantara y dejarle que se apoyara en su hombro para marcharse de allí, detrás de una furiosa Adriana.

Adriana había estado grabando con el móvil lo que esperaba fuera una lección vergonzosa al friki y con el mosqueo que pilló cuando vio que la lección estaba saliendo al revés, quiso parar el video, pero sin darse cuenta le dio al botón en el que tenía automatizada la subida del video a su Insta.



El video de la pelea salto de móvil en móvil por el instituto sonando las notificaciones sin parar. En el comedor cuando Ramon y Rosaura llegaron, todos les miraban de otra manera.

Adriana estaba furiosa, más furiosa de lo que había estado nunca y tenía que vengarse de alguna manera de Ro. Hacía unas semanas había hecho un video un día que iban al cine en el centro. Ro iba delante y como se habían puesto tacones que no dominaban, se cayó de bruces y la falda se le subió casi hasta las caderas dejándola en una postura ridícula viéndosele las braguitas de color rosa. Ro le pidió que borrara el video, pero no lo hizo.

Ahora era el momento de vengarse.

Lo colgó en internet con el hashtag #traidora #frikilover

Rosaura sabía perfectamente quién había hecho el video y se fue directamente a buscar a Adriana.

—¿Qué clase de mierda de amiga eres tú?

Adriana se encogió de hombros, como si no fuera con ella, diciendo:

—Si cambias de bando como tú has hecho, no te debemos nada.

Rosaura sintiendo un fuego interior subirle por el cuerpo intentó controlarse para demostrarse si misma que podía. Lo consiguió. Se acercó más a Adriana, como a unos centímetros de su cara y muy despacio le dijo.

—He cambiado de bando sí. He cambiado al bando que trata a la gente con respeto. Ojalá te cambies tú algún día.

Adriana iba a replicar, pero no se le ocurrió nada que decir. Los alumnos que estaban en los alrededores empezaron a apartarse de ella.



En el gimnasio, Suso seguía cojeando, pero cuando se pudo sentar en un banco le dijo a Guille:

—Este chico no quería pelear y nosotros no teníamos que habernos metido con él, porque parece buen chaval. Tu prima es una metelíos

Guille se limitó a asentir con su gran cabezota.



—¿Qué crees que va pasar cuando se cumplan seis lunas del conjuro? —
preguntó Emma a Wanda.

—Pues no lo sé y me tiene preocupada



6

EL BAILE DE FIN DE CURSO

El tiempo fue pasando y todo siguió igual en el instituto de El valle. Faltaban solo siete días para el baile de fin de curso y siete noches para que la sexta luna completara su ciclo, cuando los pasillos del instituto se convirtieron en un hervidero de purpurina, risas y cartulinas.

El aula de plástica se transformó en un auténtico taller de letreros y pancartas con toda clase de textos:

“¡Graduación 3º ESO”,

“¡Despegamos rumbo a 4º”,

“Pisad fuerte, que el futuro nos espera” ...

El gimnasio era territorio de padres y profesores, que se habían vuelto locos colocando guirnaldas de luces como si estuvieran en Navidad.

Dos horas antes del baile, la actividad en el gimnasio, que era donde se iba a celebrar, era un tanto caótica. Un laberinto de cables serpenteaba por el suelo.

Unos cuantos padres seguían inflando globos y los profesores de tecnología alargadores en mano, buscaban enchufes como si fueran el arca perdida.

Wanda, Emma y Rosaura estaban colgando una última tira de luces LED cuando Adriana se acercó con tijeras de manualidades en la mano y muy simpática preguntó:

—Necesitáis ayuda.

A Rosaura le bastó un segundo para darse cuenta de la nueva actitud de Adriana.

—Si —dijo pasándole un manojo de cables con luces— pasa estas luces por aquellos tres aros y amárralas en la punta.

Adriana se acercó a Rosaura y le dijo casi en un susurro:

—He borrado el video. Fue... ruín por mi parte. Lo siento.

Pero en ese momento llegó la señorita Francis que era la encargada de preparar el tablón de anuncios que todos querían ver. Cuando Wanda y Emma lo vieron sintieron un pellizco en el estómago:

Nominados a pareja del año: Ramón Salvatierra y Rosaura Gallardo.



Ramón llegó temprano para ayudar a mover sillas. Desde la puerta trasera entró Ko, su entrenador de Muay Thai, con una bolsa de tela.

—Prometí pasar a verte —dijo el tailandés—. Te he traído un pequeño regalo para que recuerdes que la fuerza va por dentro.

Le entregó una cuerdecita de cuero negro muy fina con un pequeño sai de bronce en miniatura. No era un arma, sino un colgante. Ramón se lo colgó bajo la camisa, color azul cielo que Rosaura le había pedido se pusiera y dio un abrazo a Ko.

Rosaura había elegido un vestido verde hoja que hacía juego con sus ojos casi esmeralda. Solo una cadena muy fina de oro con un dije en forma de corazón. En la muñeca una pulsera para la buena suerte de cuentas de cristal muy bonitas que había comprado un mercadillo.



Un rato antes en la buhardilla de la casa de la abuela de Wanda, se habían reunido los tres.

—¿Estáis nerviosos? —preguntó Wanda—, porque lo que es yo estoy atacada.

—Es que yo creo que ninguno se esperaba que el conjuro funcionará de esa manera tan perfecta como lo ha hecho —dijo Luke.

—Pues eso es —siguió Emma— imaginaros ahora el palo que puede ser si cuando pasen las 12:00 de la noche y terminé la sexta luna todo vuelve a ser como era antes del conjuro: Rosaura un bicho malo que lo único que

sabía hacer eran maldades y Ramon un pobre friki encerrado en sí mismo deseando pasar por el instituto lo más rápido posible para refugiarse en sus libros y sus dibujos.

—El conjuero era claro —continuó Wanda:

«El sentimiento se mantendrá por seis lunas y ni un día más durará.

Si al séptimo mes el amor sigue encendido, en real se convertirá».

—Solo nos queda cruzar los dedos y esperar en la fiesta del baile a las 12:00 de la noche.



Era casi finales de junio y hacia una noche estupenda. El gimnasio que se había convertido en una sala de fiestas tenía más iluminación de la que hacía falta porque había luces y destellos por todos los sitios. Focos de color azul violeta, bolas de espejo y toda clase de guirnaldas de lucecitas.

Alex, al que le encantaba la música, se había ofrecido para pinchar, con la prohibición del director de poner reggaeton. Se estaba preparando para cuando le dieran la señal de empezar.

Ramón y Rosaura entraron de la mano. Ramón había cambiado considerablemente en los últimos seis meses. Ahora era un chico atlético, que estaba muy en forma y parecía haber crecido. Ya no necesitaba las gafas

porque gracias a una técnica de gimnasia ocular que le enseñó Ko, había recuperado una visión casi perfecta. Todas las chicas le miraban.

Y Rosaura estaba preciosa. La belleza de los quince años vestida de fiesta.

Cuando entraron hubo un pequeño aplauso espontáneo de los compañeros de clase. Ramón que no estaba acostumbrado se puso rojo y Rosaura tuvo que morderse el labio para no reírse más de la cuenta. Estaba feliz.

Wanda, Emma y Luke estaban a lado de la mesa de refrescos. El colgante de Wanda estaba caliente pero no ardía. Parecía estar esperando.

El director del instituto se subió al escenario improvisado y empezó a mover las palmas de las manos de arriba hacia abajo.

—Silencio por favor chicos.

La señorita de sociales, Marimar, le entregó el sobre. El director lo abrió un tanto torpemente y después de ponerse las gafas leyó:

—En la votación que se ha hecho entre todos los alumnos para elegir la pareja del año —Alex puso un redoble de tambor grabado— la pareja ganadora con 176 votos ha sido la de Ramón Salvatierra y Rosaura Gallardo.

Todos los asistentes estallaron en el grito típico de “bien”, aplaudiendo a rabiar y estuvieron así casi un minuto hasta que el director colocó a cada uno de los ganadores una banda con purpurina en la que decía “Pareja del año”.

Alex, entonces pinchó el vals nº2 de Shostakovich que llenó el gimnasio con los violines empezando tímidamente. Alguien tuvo el acierto de minimizar las luces hasta que quedaron solo encendidas las guirnaldas del techo y la bola de espejos.

Los compañeros formaron un círculo espontáneo alrededor de Ramón y Rosaura convirtiendo el centro de la pista en un escenario íntimo. El colocó la mano en la cintura de ella y ella apoyó los dedos en su hombro. Empezaron a girar despacio y casi todos iban contando en voz baja un, dos, tres, un, dos, tres...

Emma con las manos entrelazadas tarareaba la melodía, aunque no la conocía y Luke grabó el momento en el móvil. Enseguida más parejas se animaron a imitarles incluidos un par de profesores.

Cuando el contrabajo cambió el ritmo, Rosaura se atrevió a dar un giro completo abriéndose su vestido verde como un abanico.

Cuando la última nota cayó, hubo un segundo de silencio y después una oleada de aplausos. La mayor parte desconocía quién era ese Shostakovich pero desde entonces decidieron, que estaba “guay”.



Cuando pararon de bailar, Wanda y Emma estaban mirando el móvil:
23:58

—Un minuto y sabremos, si metimos la pata con el conjuro o no —. dijo Luke.

—10 segundos — dijo Luke de nuevo mucho antes de que se lo esperaran.

En el centro de la pista Rosaura apoyó la cabeza en el hombro de Ramón diciendo en un susurro:

—Por muchas luces que iluminen el gimnasio, ninguna ha iluminado mi vida, como lo has hecho tú. Has hecho que dejara de ser lo que era, que no era nada bueno.

—Tu ya tenías la luz dentro, sólo necesitaba una pequeña rendija por la que salir y cuando lo ha hecho me has permitido ver la vida con otros ojos.

El segundero del reloj de pared, acababa de pasar las 12:00.

1,2,3,4,.. 5 segundos

Los tres estaban fijos mirando a Rosaura y a Ramón.

No se habían soltado de la mano. Al revés, ella se había alzado un poco de puntillas y le había besado en la mejilla. Él sonrió encantado y le devolvió el beso.

En ese momento Wanda sintió como su colgante empezaba a calentarse y se evaporaba del mismo una especie de pequeña y fina bruma rosa que se deslizó por el aire hasta llegar a la pulsera de cuentas de cristal que Rosaura llevaba en la muñeca. La magia había funcionado y el amor se había convertido en real, como decía el conjuro



A la una de madrugada cuando el director le dijo a Alex que podía pinchar la última canción, Rosaura se acercó a los tres amigos y les dio un beso cada uno

—Gracias por todo. No sé qué es lo que habéis hecho, pero sé que habéis hecho algo y gracias a eso Ramón y yo estamos juntos.

Ramón chocó con la mano de Luke y Emma guiñó un ojo a Rosaura.

En el cielo nocturno, la sexta luna anunciaba ya la promesa de una nueva aventura y empezaba a esconderse tras los pinos de la colina.

Y en algún rincón del universo, quizás, la tatarabuela Flora sonreía, satisfecha de que uno de sus hechizos solo necesitará seis lunas para dar a la gente valiente el impulso de elegirse los unos a los otros, sin necesidad de conjuro alguno.

Fin



DESCARGA EL AUDIOLIBRO GRATIS

